

843

PQ 2625

M.

.E53

R58

v.l

Prohibida toda traducción y reproducción.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

28228

MADRID.—Imprenta de La CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE

ODIOS DE FAMILIA

I

Los Corbiere-Latouche.

La Sologne, digan lo que quieran sus habitantes y los cazadores, seducidos por sus vastas extensiones (que valen muy poco), no representa, sino de una manera muy imperfecta, la idea que comunmente se tiene del Paraíso Terrenal. Es un territorio infecundo y pantanoso, que no ha producido en mucho tiempo más que calenturas ni engendrado otra cosa que miseria; pero hasta el desierto tiene sus oasis.

Acá y allá alguno que otro valle regado por una corriente de agua, á cuya orilla crecen álamos y chopos, rompe la monotonía de aquellas planicies áridas y arenosas y alguna que otra casa de campo alterna con las casuchas y chozas de pobres gentes, que allí, más que en otra parte, constituyen una inmensa y deplorable mayoría.

A la mitad del camino, poco más ó menos,

entre la Motte-Beuvan, y Cour-Cheverny, la carretera de Romarantín á Gien atraviesa una inmensa posesión, compuesta casi en su totalidad de bosques de encinas y de pinos, entre los cuales se encuentran algunas granjas, cuyo aspecto representa cierto desahogo.

En el centro de este vasto dominio, que tiene una extensión de más de tres leguas, ve el viajero, en el extremo de una avenida de olmos seculares, la fachada de un imponente edificio, cuyo estilo indica al primer golpe de vista que data de los últimos años del reinado de Enrique IV.

Las aguas del Sautre y de otro riachuelo que lleva este extraño nombre, La Nada, alimentan sus anchos fosos.

Es la Ferté-Montarón.

En los comienzos de la gran revolución, su propietario era el marqués de la Ferté-Montarón.

Este marqués, joven entonces, no carecía de talento.

Tan luego como comprendió que la estancia en París era peligrosa para las gentes de su rango, hizo su equipaje, encargó á su portero de la calle de Santa Dominica la custodia de su hotel y abandonó París. Pero no emigró.

Se fué directamente á su finca de la Sologne; armó á sus criados para estar preparado para cualquier acontecimiento, y se dedicó á correr los ciervos y jabalíes, que abundaban en sus bosques, anunciando que fusilaría á los descamisados que quisieran matarle.

Como la empresa era arriesgada y hubiera sido preciso perseguirle como á un lobo en aquel terreno lleno de pantanos y malezas y sin caminos; como por otra parte el marqués pasaba por ser un pobre hombre, nadie intentó la aventura y pasó sin inconvenientes toda aquella época en que el terror ensangrentó Francia.

Era viudo, y no tenía más que una hija, que en 1804 contaba veinte años.

Esta se casó en aquella época con el conde de Corbière-Latouche, entonces teniente coronel de dragones, y á quien una herida grave obligó á pedir el retiro, después de la batalla de Eylau, con el empleo de general de brigada.

En aquellos tiempos se ascendía con más rapidez que hoy, pero era preciso obtener los empleos á fuerza de puños.

El general conde de Corbière no tuvo más que un hijo, y este hijo nació cuando su padre era ya casi un anciano.

En 188... no quedaba de esta familia más que una señora ya de edad: la condesa de Corbière-Latouche, alta, delgada, de cara larga, nariz afilada, ojos verdes y cabellos grises, que formaban á las mil maravillas un conjunto adusto, más á propósito para una superiora de un convento que para una mujer de la buena sociedad.

Esta condesa de Corbière, muy conocida en París por su gran fortuna, se llamaba Natalia Beauvillare, nombre que sustituyó por el de Corbière-Latouche al casarse con el conde.

Muy rica, había aportado al matrimonio bienes considerables, reunidos poco á poco en la casa-banca que tuvieron su padre y su abuelo.

El carácter de esta señora era poco agradable, pues era altiva, desatenta, desconfiada, dura é intratable.

Enorgullecida con el título, que debía á su marido, sostenía á su alrededor una atmósfera de hielo que era preciso soportar y contra la cual nadie se atrevía á protestar; tan incapaz la creían de ceder á las instancias de sus mismos hijos.

Tenía tres, una hembra y dos varones.

El mayor estaba ya fuera de la patria potestad hacía algunos años.

El conde Gabriel, que así se llamaba, tenía treinta y seis años y una fortuna considerable, cuya mayor parte había heredado de una hermana de su madre, que le había constituido en heredero universal.

Solterón recalcitrante, acostumbrado á satisfacer sus caprichos, no retrocedía ante ningún gasto para procurarse toda especie de goces; de aspecto frío y de pasiones fogosas, raras veces se alejaba de París.

Jamás acompañaba á su madre en las salidas que esta hacía, y nunca la daba cuenta ni de su vida, ni de sus asuntos.

Vivía en los Campos Eliseos, en un hotel amueblado con lujo de archimillonario y gusto de artista.

Su hermano Rolando era más joven que él y era oficial de caballería.

A consecuencia de haberse caído de un caballo, había tenido que abandonar Luneville, donde estaba de guarnición, é ir con licencia por enfermo á casa de su madre, al castillo de La Ferté, en el cual estaba, hacia ya tres meses, cuando comienza esta historia.

El conde Gabriel era moreno, alto y de una distinción notable.

El oficial era más bajo, rubio, admirablemente formado, tenía ojos muy expresivos, y aspecto encantador.

Sin el sedoso bigote que sombreaba su labio superior, se le hubiera podido confundir con una señorita joven, por lo fino de su cutis, la dulzura de sus facciones, su encantadora sonrisa y sus hermosos dientes.

Pero era preciso no fiarse de él.

Aquel exterior seductor cubría un indomable orgullo, un extraordinario ardor por los placeres y todos los vicios de un corazón corrompido y de un niño mimado.

El 16 de octubre, uno de esos hermosos días, llenos de melancolía, pero que no tienen aún nada de los rigores del invierno, á eso de las tres de la tarde, el vizconde Rolando de Corbière, con elegante traje de americana, sombrero de color gris y admirablemente calzado, salía del castillo, tarareando una canción.

Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando se volvió.

Una voz dulce le llamaba:

—¡Rolando!

Una jovencita de cabellos de un rubio claro,

de ojos de un azul bastante oscuro, esbelta y blanca, se inclinaba sobre el balaustre de un balcón de piedra.

De la estatura del oficial, y por consecuencia alta para una mujer, ofrecía á la vista uno de los tipos más encantadores y más angelicales que ha podido admirar el ojo de un artista.

Todo respiraba en ella gracia y bondad.

Tenía en sus labios tal vez una sombra de malicia, pero esta malicia era espiritual, sin nada de hiel.

—¿A donde vas?—preguntó á su hermano.

El contestó riendo:

—¡Eso no te importa! ¡Hasta luego!...

—¡Buen viaje!—contestó la joven retirándose del balcón y entrando en la sala.

El oficial se dirigió hacia las caballerizas, ocultas entre grandes árboles.

—Lorenzo—dijo dirigiéndose á un mozo que fumaba su pipa ante la puerta—ensilladme á *Fleurette*.

Y siguió tarareando.

—Está bien, mi capitán,—contestó el criado.

Dejó la pipa sobre un banco, entró en la cuadra y tres minutos después salió de ella llevando de la brida á un hermoso animal, de tan fina piel, que se la marcaban las venas.

—Este será su segundo paseo de hoy—dijo mientras el oficial examinaba la cincha y la brida.

Evidentemente Rolando no se acordaba ya de su caída en Luneville, porque montó con la rapidez de un clown, y salió al trote largo por

una avenida que por medio de un puente atravesaba el *Saudre*, perdiéndose pronto en el bosque.

El criado se rascó lo oreja, hizo un gesto y se dijo:

—El señorito frecuenta mucho ese camino. Es seguro que va á La Breche-au-loup. Teresita es un buen bocado. El señorito pensará divertirse y tal vez le salga mal la cuenta. ¡Los Montarón no son buenos!

Cogió la pipa, la encendió, se puso á fumar, y encogiéndose de hombros, añadió:

—Después de todo, ¡á mí qué me importa!... ¡allá se las arreglen ellos!

Rolando siguió al galope durante veinte minutos, llegó á la orilla del bosque, pasó por delante de una casa medio derruida, pero que no carecía de cierto aspecto, hizo una seña á una rubia que estaba asomada á una de sus ventanas, se acercó á una encina y en un hueco de ésta introdujo un papel, dirigió una significativa mirada á la joven y se alejó:

La cartita decía:

«Mi ángel adorado:

- »No he dejado de reflexionar desde ayer.
- »Es preciso que te hable seriamente.
- »¡Hasta esta noche á las diez!
- »Te amo.

»ROLANDO.»

II

Los Montarón.

No había recorrido todavía Rolando doscientos metros del sendero que le preservaba de miradas indiscretas, cuando aparecieron dos hombres en el pórtico de la casa en que se había presentado la rubia.

Este pórtico, hecho de piedra, carcomidas por el tiempo, tenía todavía bastante buen aspecto.

Pero los edificios á que daba acceso, estaban en muy mal estado.

La casa, por sus altos tejados y sus anchas chimeneas de ladrillo, presentaba el aspecto de una casa feudal, arruinada por las inclemencias del tiempo y el abandono forzoso, ó voluntario, de sus moradores.

A pesar de esto, la perspectiva era agradable.

Los graneros, cuadras y pocilgas que á ella estaban unidos, amenazaban ruina igualmente.

En las ventanas no se veía un cristal; las paredes estaban mal encaladas; el conjunto demostraba la miseria de sus habitantes, ó al menos esa estrechez, que es su prima hermana.

El sitio se llama *La Breche au loup* (La boca del lobo).

Esta especie de casa solariega convertida en granja, está situada en el extremo de los bos-

ques de La Ferté Montarón, y por desgracia de sus habitantes, el terreno en que está edificada es casi infertil y muy pantanoso.

Alguno que otro bosquecillo de pinos ó de encinas que vejetaban allí pobremente y matorrales que servían de guarida á la caza; no se veía más vejetación.

Los dos hombres que salían de la casa, estaban en consonancia con el terreno.

Vestían blusa de tela basta y descolorida, llevaban sombreros que á fuerza de uso habían perdido la forma, polainas que parecían hechas de algún saco viejo y tenían entre sí un parecido tal que delataba su parentesco.

Eran hermanos y tendrían de treinta á treinta y dos años.

Rubios, con mucha barba, cutis tostado, ojos penetrantes y vivos, presentaban todos los signos de una fuerza hercúlea.

Apenas habían salido de la casa, cuando la joven que estaba á la ventana al pasar Rolando, se asomó de nuevo y dirigiéndose á ellos les dijo:

—¡Buena suerte!

Nadie hubiera esperado descubrir en aquel desierto una criatura tan perfecta como la que en aquel momento expresaba á los dos hermanos su deseo de que salieran bien en la empresa que se disponían á acometer.

Tenía, poco más ó menos, la edad de Fernanda de Corbiere, y una sorprendente distinción.

Imposible pensar, ni aun en la pobreza de

su traje, en presencia de aquellas facciones tan puras, de aquellos ojos llenos á la vez de inteligencia y de dulzura; de aquellos cabellos magníficos color castaño claro que coronaban su elevada frente, y de sus rojos labios que llamaban los besos.

Los dos hombres se volvieron.

En aquel momento se hubiera podido ver dulcificarse sus rudas facciones y un resplandor de indecible ternura aparecer en sus feroces ojos.

Pero esto tuvo la duración de un relámpago.

—¡Buenas tardes, Teresa!—dijo uno de ellos.

—¡Hasta luego, querida!—dijo el otro.

Y continuaron andando.

Su aspecto no era muy lucido.

Y eran, sin embargo, los descendientes en línea recta de un segundón de los La Ferté-Montarón, que florecía hacia el año de gracia de mil setecientos setenta y cinco.

Pero en esta época, los segundones tenían que inclinarse ante la ley, que daba todo al primogénito y á los otros les dejaba apenas para el cotidiano pan, si no se buscaban ellos la vida de otro modo.

Tres generaciones se habían sucedido.

Desde hacía mucho tiempo los Montarón—no les daban otro nombre—habían abdicado toda pretensión nobiliaria, y vegetaban en plena miseria.

La pobre finca de la Boca del Lobo era lo único que poseían, y poco á poco el desprecio

de los vecinos poderosos, que poseían la herencia que hubieran debido repartir con ellos. Las vejaciones de que habían sido objeto y las privaciones que habían sufrido, habían encendido en sus almas ulceradas unos celos furiosos, y uno de esos odios cuya explosión aterra á veces á las tranquilas comarcas en que estallan.

Uno de aquellos dos hombres llevaba en la mano un palo de nudos, y á la espalda, debajo de la blusa, un bulto que le delataba como á una especie de contrabandista.

Era el mayor de los dos hermanos.

El otro llevaba, en bandolera, una de esas escopetas de pistón de dos cañones, cuyo uso ha desaparecido ya, excepto para aquellos que no tienen medios de procurarse otra.

Un perro pequeño y de pelo largo les seguía paso á paso y con docilidad de esclavo.

Los tres compañeros, los hombres y el perro, atravesaron un bosquecillo de pinos, y se encontraron en un campo en que un aldeano iba detrás de una criada cubriendo el trigo que ésta sembraba.

—¡Trabaja, Marqués!—dijo el hombre del bulto.—¡Siembra pan! ¡Nosotros vamos á buscar con qué llenar la marmita!

—¡Tened cuidado no os cojan!—dijo el labrador con tristeza.

—No tengas cuidado, Pedro—dijo el de la escopeta.—¡Andaremos con ojo!

La sembradora se había parado delante de los caballos y cambió con los dos hermanos una mirada amistosa.

Se comprendía en seguida que aquellas pobres gentes, por grande que fuera su miseria, tenían un consuelo: les querían.

La sembradora no era ni guapa ni fea.

Era joven.

Sus negros cabellos, que se escapaban en mechones de un capillo gris, servían de marco á su tostado rostro, que no carecía de cierta gracia.

Aquella cara respiraba una gran bondad.

Sin más que fijarse en la manera de mirar al labrador que detrás de ella arreaba á los pencos, se comprendía que le quería hasta el sacrificio.

Este hombre era Pedro Montarón, el jefe de la familia; el marqués, como en tono de broma le llamaba el segundo de sus hermanos, Guillermo Montarón.

El de la escopeta era el tercero, Juan, y había un cuarto, más joven; sus hermanos se habían sacrificado para que éste pudiera estudiar.

Después se había ido á París á buscar fortuna, pero sin éxito, y un día tomó el vapor del Havre para América, escribiendo á sus hermanos que se marchaba porque no quería continuar siéndoles gravoso, y que no volverían á saber de él hasta que pudiera triunfar de la mala suerte.

Hacia cinco años de esto, y desde entónces apenas habían tenido noticias de él.

Se llamaba Marcelo Montarón.

La rubia de que hemos hablado era la más

pequeña de aquella familia decaída y ella con Marcelo, para quien todos ellos soñaban con destinos soberbios, eran el orgullo y el cariño de los tres aldeanos de La Boca del lobo.

Los cazadores furtivos—¿por qué no decir con franqueza cual era su ocupación mas frecuente?—se dirigieron hacia la espesura de los bosques de la Ferté.

A medida que se iban acercando su paso era más cauteloso.

Se ocultaban en lo posible detrás de los bosquecillos, de los taludes de las fosos de saneamiento y de la maleza.

Llegaron sin inconveniente alguno á la orilla del bosque y penetraron en él.

Los conejos abundan en aquellos arenosos terrenos.

Guillermo no tuvo más que azuzar á su perro.

El animalito se lanzó en seguida á través del bosque, registrando en silencio las hierbas altas y los abrojos.

Y cuando algun conejo asustado pasaba como una flecha por delante de los dos hermanos que estaban ocultos por los troncos de enormes olmos, Juan, que era el más locuaz de los dos hermanos, decía sonriendo:

—¡Marcha, buen amigo, que ya te se buscará!

Juan y Guillermo estaban en la cima de una colinita en la cual, entre los helechos y hierbas había una porción de madrigueras.

Juan dejó la escopeta al pie de una encina, y se puso á inspeccionar los alrededores.

No debió ver nada sospechoso, porque dijo á su hermano:

—¡Vamos allá!

El otro desató una correa y cayó á sus piés el bulto que llevaba á la espalda.

Era un saco lleno de redes de esas que se ponen en las bocas de las madrigueras.

Pusieron unas veinte en las bocas, y entonces Juan sacó del bolsillo un animalito largo y rojo, de ojos claros y de aspecto inteligente y feroz.

Era un hurón.

El animal estiró el pescuezo para aspirar el aire del bosque, y sus redondos ojos se fijaron en los de su amo.

Juan se puso boca abajo sobre la arena, acerció al hurón, lo puso en la entrada de una de las bocas de las madrigueras, tapó y se puso á escuchar con gran atención.

El animal olfateó el suelo á derecha é izquierda; pareció buscar el camino un instante, y desapareció en el subterráneo.

Muy pronto oyeron los cazadores el galope de los conejos que huían despavoridos para librarse de los mortíferos dientes del hurón.

En menos de un cuarto de hora se lanzaron una docena de conejos en las redes que se cerraban el paso. A medida que iban cayendo en ellas se apoderaban de ellos los cazadores, les daban un puñetazo en la nuca, que les dejaba sin vida, y los metían en el saco en que habían traído las redes.

Era bastante para una excursión.

El hurón, siguiendo la pista de un fugitivo, que acababa de caer como los otros, sacó la cabeza y entonces el dueño le cogió con prontitud por el pescuezo y lo metió en su bolsa.

Después recogió Guillermo las redes, silbó despacio para llamar al perro, que estaba muy tranquilo al pié de un zarzal, y dijo á su hermano:

—¡Vámonos!

La caza había concluido.

Pero al ir á emprender la marcha, oyeron una voz que saliendo de entre las ramas de una espesa encina les decía:

—¡Alto ahí!

Al mismo tiempo el ruido que producían con el roce de las ramas, gente que se acercaban, les hizo conocer que el enemigo era fuerte.

—¡Caimos!—dijo Juan lanzando un terno.

—¿Y qué?—dijo su hermano con tono resignado.—¿Dónde está el mal?... ¡Una vez más!

El enemigo eran los guardas del castillo.

Eran tres mozos robustos, con su carabina á la espalda, bien uniformados, con bandoleras en las cuales brillaba una placa con la siguiente inscripción: *Guarda particular de las posesiones de la señora condesa de Corbière-Latouche*. Sobre esta inscripción había una corona conda. Las cabezas no tenían nada de particular, bigotes espesos, cabellos cortos y aspecto de soldados; pero en suma nada que impusiera.

Uno de ellos, el que había dado la voz de alto, dijo en voz baja á los dos hermanos, al bajar del árbol en que estaba oculto:

BIBLIOTECA DE BUENO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
no. 1623 MONTE

—Hubiera querido advertiros... pero no ha habido medio, á causa de mis compañeros...

Cuando los guardas estuvieron cerca de los cazadores furtivos, Guillermo dijo como dirigiéndose á personas conocidas.

—Y bien, ¿qué es lo que vais á hacer con nosotros ahora?

—Rogaros que nos sigais al castillo—contestó el que parecía ser el jefe.

—Diablo!—objetó Guillermo—es que hay un buen trecho desde aquí.

—Y la carga es pesada—observó el guarda tomando á peso el saco.

—Bastante.

—No tenemos más remedio que llevaros allí, esa es la orden,—añadió el guarda.

Juan se retorció la barba y acariciaba la culata de su escopeta, refunfuñando:

—¡Miserable! ¡Si yo no temiese á Dios!

Pero su hermano le dijo al oído:

—Ven. Tengo que hacer allí...

—¿Tú?

—Quiero hablar con la condesa.

—¿De qué?

—No alborotes... Lo vas á ver...

Y dirigiéndose á los guardas dijo:

—Sí nosotros tratáramos de huir, tal vez os vierais muy apurados para cumplir la consigna... Pero somos dóciles como corderos y nos alegramos mucho de dar ese paseito.

—¡En hora buena! ¡Veo que sois razonables!—contestó uno de los guardas.

—¿Qué, no lo somos siempre? ¿Marchamos?

—¡En marcha!

Y como el perro, con el pelo del lomo erizado, gruñía enseñando dos hileras de afilados dientes dispuestos á morder:

—Ven aquí, *Ramoneau*—le dijo.—¿No ves que estos señores son amigos? Ellos hacen lo que les mandan...

El perro volvió á colocarse detrás de sus amos.

Guillermo se echó el saco al hombro y se pusieron en marcha.

Todos guardaban silencio.

Cuando por el camino del bosque iban los guardas siguiendo á sus prisioneros, parecían avergonzados del papel que les obligaban á desempeñar.

El que había bajado del árbol dijo á su vecino en voz baja:

—¡Barasson hace mal... son primos de los amos, y por unos cuantos miserables conejos!...

Juan Montarón era sin duda alguna el menos inteligente de la familia; representaba en ella la fuerza bruta.

Tenía todos los instintos de un soldadote, y militares debieron ser los primeros Montarón.

Valiente y atrevido, no temía ningún peligro, y vibraba á la menor injuria; esto, no obstante, las palabras de su hermano le habían calmado y estaba pensativo.

¿Qué sería lo que tenía que decir á la condesa de Corbière? ¿Qué podía haber de común entre ellos?

La condesa era millonaria.

Ellos pobres como Job

Ciertamente en otros tiempos había habido un lazo de familia que hubiera debido reunirlos, pero aquel lazo estaba roto desde hacía cerca de un siglo.

Desde el primer imperio, los Corbière-Latouche parecían desconocer á los Montarón y les trataban peor que á estraños.

Después, los odios habían ido tomando mayores proporciones, y su estallido se hacía más temible de día en día.

Como se vé, por el simple delito de haber cazado en la posesión de la condesa unos cuantos conejos, conducían á los dos hermanos como pudieran hacerlo con criminales condenados á trabajos forzados.

Juan Montarón no era más que un bruto, pero altivo é incapaz de humillarse.

No hubiera seguido á los esbirros á no habérselo aconsejado su hermano. Hubiera contestado:

—¡Denunciadnos! ¡Iremos ante el juez!

Hubiera vuelto á su casa con el botín.

Pero tenía la costumbre de dejarse guiar por Guillermo. Este había dicho: «¡Obedezcamos!» Y él obedecía.

Guillermo era la cabeza mejor organizada de la familia.

Sus hermanos le obedecían ciegamente, lo cual no impedía que Juan se repitiera esta pregunta:

—¿Qué tiene que ver él con la condesa?

Cuando del otro lado de las praderas, amarillentas por el viento del otoño, apareció la mole del castillo con sus altos tejados y sus pabellones parecidos á bastiones avanzados, estaba en la misma duda que al emprender la marcha.

Al llegar á la escalera exterior del castillo, otro guarda, que parecía un oficial comparado con sus compañeros, les salió al encuentro y les dijo con tono rudo:

—¿Otra vez vosotros? ¡Nos hacéis vosotros solos más daño que todos los morodeadores de seis leguas en contorno!

Los dos hermanos, como si hubieran estado de acuerdo, hicieron un movimiento de desprecio encogiéndose de hombros.

En este movimiento había un desden enorme y un odio mortal en la biliosa mirada que lo acompañó.

Guillermo contestó con tono burlón:

—¡Si no se os ayudara á deshaceros de vuestros conejos, os comerían!

—¿Y por eso vosotros decidís coméroslos? ¡Ya veréis que caro os cuesta eso!

Su aspecto era desagradable, tenía barba rubia, la cara llena de pecas, mirada torva y vez dura.

Barasson merecía toda la confianza de la señora de Corbière.

Examinando la aptitud de los delincuentes y la del administrador, pues Barasson, era el administrador de la condesa, era fácil ver que se odiaban á muerte.

Barasson preguntó en tono de burla.

—¿Ha sido buena la caza?

—¡Bastante buena!—contestó Juan en el mismo tono.

—¿Cuántos conejos han caído?

—Una docena.

—Eso no valdrá más que treinta francos. ¿Queréis pagarlos?

Los dos hermanos hicieron un gesto de desprecio y Juan hizo con la boca un movimiento que significaba.

—¡Dios mío! ¡cómo me aburre este animal!

—Vamos, ¿sí ó no?—preguntó el administrador impacientándose.

—No—dijo Guillermo.

—Tanto peor para vosotros. Iréis á véroslo con el juez.

—¡No será la primera vez!—dijo Juan.

—¡Ni la última... de seguro!—contestó Barasson.—¡Marchaos!

Guillermo dijo con mucha tranquilidad:

—No merecía la pena de habernos traído desde tan lejos para cuatro palabras estúpidas; porque os ruego que creáis que yo no hubiera andado el camino por el gusto de veros...

—¿Qué queréis decir?

—Que yo tenía otras razones para venir aquí.

—¿Cuáles?

—Señor Barasson—dijo Guillermo, cambiando de tono,—¿me haríais el favor de prevenir á la señora de Corbiere que deseo hablarla?

Barasson se encogió de hombros.

—¡Será tiempo perdido!—afirmó con insolencia.

—¡Tal vez!...—contestó Guillermo.

—La señora—añadió Barasson—no cambiará en nada lo que yo he dispuesto, y aun dudo que os reciba.

Durante este coloquio, los guardas mantenían una neutralidad que más bien era benevolencia para los dos hermanos.

¡Las gentes como el señor Barasson no son apreciados por nadie!

Además, ¿no era un espectáculo desagradable ver á aquellos dos infelices obligados á soportar la altanería de un criado de más ó menos categoría en la casa de sus antepasados?

No hay hombre del pueblo que no comprenda estas cosas.

Guillermo miró á su hermano.

Los ojos de Juan lanzaron un relámpago.

—¡Ea!—dijo al hombre rubio con tono imperioso;—mi hermano os dispensa el honor de decirlo que desea hablar á la señora de Corbiere, su prima. ¡Haced el favor decirselo en seguida! En cuanto al juicio y demás amenazas, ¡he aquí el caso que yo hago de ellas!

Escupió al suelo, hundió su sombrero de un puñetazo, y mostrando al administrador la puerta del vestíbulo, añadió con enérgico gesto:

—¡Id!

Dominado por la mirada del cazador furti-

vo, Barasson no se atrevió á replicar, abrió la puerta del vestíbulo y desapareció.

Uno de los guardas indicó á los dos hermanos un banco de piedra y les dijo:

—Descansad; si la señora os recibe, nosotros cuidaremos de vuestros efectos.

Otro acarició á Ramoneau, que se mostró menos feroz y se dejó querer.

Un testigo observaba esta escena desde una ventana del primer piso.

Era Fernanda de Corbiere, que escuchaba con interés.

Escondida detrás de una cortina transparente, sentía el alma llena de compasión por aquellos desheredados y sufría por su humillación más tal vez que ellos mismos.

Pero conocía al administrador de su madre y no se atrevía á intervenir.

¡Cuántas veces lo había hecho en vano!

El administrador entró.

La condesa estaba sentada á su pupitre y repasaba sus cuentas, que llevaba con la exactitud de un cajero de cien francos mensuales, perdiendo horas enteras en rectificar un error de veinte céntimos.

—¿Qué hay?—preguntó, volviendo hacia el administrador su cara angulosa.

—¡Siempre esos condenados Montarón!—contestó éste. No escarmentan. Acaban de ser cogidos en infraganti delito, se niegan á pagar una multa, y para colmo de audacia, piden hablar á la señora.

La condesa quedó un momento pensativa.

Iba á rehusar, pero los delincuentes tenían allí un intercesor.

Este era Fernanda.

—Escuchadles, os lo ruego madre mía—dijo—y sed indulgente. Si queréis, yo os acompañaré.

La condesa vaciló.

Una mirada suplicante la decidió.

—Está bien—dijo con sequedad.

—¿Dónde les recibirá la señora?

—En la sala. Iré sola.

Dos minutos después, Barasson, gruñendo como un perrillo á quien se le quita un hueso, llamaba á los dos hermanos con gesto ceñudo.

Guillermo y Juan Montarón dejaron, el uno la escopeta y el otro el saco de conejos y siguieron á Barasson.

Fernanda, apoyada en la baranda del balcón, dejaba errar por el parque sus grandes y hermosos ojos llenos de compasión.